

# LA ÚLTIMA CRUZADA



Escribimos estas líneas cuando un caudillo inglés, como fué inglés Ricardo Corazón de León, ha rematado la última Cruzada echando a los atudescados turcos y a sus amos los tudecos de Jerusalem. Hace algunos años, la liberación de Jerusalem del poder de los turcos mahometanos habría producido júbilo en nuestros sedicentes cristianos españoles; en estos católicos hoy atudescados también que se creen descendientes de los que en Lepanto, con Miguel de Cervantes, pelearon contra el Gran Turco. Pero hoy...

Hoy nuestros sedicentes cristianos católicos españoles se sienten al lado de los atudescados turcos, y sólo porque éstos están al servicio de esa Alemania materialista que ha erigido en Dios al Estado y proclama como su reino este mundo.

Y no se diga que los turcos de hoy no son los turcos de 1571, ni el infiel de cuyas garras había que arrancar el Santo Sepulcro es el infiel de tiempos de las Cruzadas. Es peor, mucho peor.

Cuando se formaron en Turquía aquellas Juntas de «Unión y Progreso», las de los llamados Jóvenes Turcos, le oíamos a algún ingenuo manifestar que ello contribuiría a mejorar la suerte de los cristianos súbditos del imperio o Soldanado otomano; que con eso cesarían las matanzas de armenios y aquellas otras atrocidades que hicieron que Gladstone llamase el Gran Asesino al Soldán de Turquía. Y entonces le manifestamos a aquel ingenuo nuestro temor de que la suerte de los cristianos no mejoraría, sino acaso empeoraría en el imperio otomano con la formación de las Juntas de Jóvenes oficiales turcos bajo el lema de «Unión y Progreso», y que la libertad civil no se establecería en ese Soldanado que nunca ha sido nación, sino un campamento de bárbaros asentado entre Europa y Asia. Y un bárbaro no deja de serlo, sino que acaso se barbariza más, porque le enseñen Química aplicada a la artillería o cálculo diferencial e integral en cualquier docta Academia Militar de Alemania. Ni la más sublime estrategia purifica al espíritu de sus malas y bárbaras pasiones hereditarias.

Y nos fundábamos para creer que la Joven Turquía con sus Juntas de Ofi-

ciales de «Unión y Progreso» sería en el fondo más sutil y rencorosamente anticristiana que la vieja, en que el espíritu de esas Escuelas militares alemanas en que los Jóvenes Turcos se habían formado era un espíritu radical y esencialmente anticristiano. El Dios de esas Escuelas, el Gott ministro del kaiser en el cielo, no es el Dios del Evangelio; no es el Padre del Hombre, de Jesús el antipatriota — por antipatriota le entregaron los fariseos a los legionarios romanos para que lo crucificasen, y véase el Evangelio, según Juan, 47 al 50, — sino que es el Odín germánico o es más bien el Estado. Su doctrina no es doctrina de amor y de libertad, sino de imperio y de eficacia. Según ella, todo debe supeditarse al engrandecimiento y enriquecimiento y hegemonía de la nación a que se pertenezca. Ese Gott ministro del kaiser en el cielo se dedica, como el terrible Jehová judaico, que no es el Padre del Hombre, a exterminar a los enemigos de su pueblo elegido; ese Gott es el Dios de las batallas y no el Dios de la paz, de la libertad y del amor.

Los Jóvenes Turcos tenían una doble maldición sobre sí; primero ser mahometanos de origen—aunque en Alemania les harían ateos y materialistas, — educados en una religión de violencia y de guerra, y luego ser oficiales del ejército, profesionales de la fuerza armada. Porque es muy difícil, difícilísimo, casi imposible, dedicarse a la profesión de la fuerza y no caer en la creencia de que es ésta, de que es la fuerza, la que crea el derecho. Es difícil, difícilísimo, dedicarse a servir—mediante soldada, por supuesto—con las armas a la patria y no caer en la anticristiana e inhumana doctrina de que la patria tiene siempre razón contra las otras patrias, que se defiende siempre que ofende. El alto, el noble, el purísimo, el cristiano, el humano patriotismo que esplende en el final del poema «Patria», de Guerra Junqueiro, cuando este profeta ibérico confiesa en voz alta y en nombre de su patria, Portugal, los pecados de éste, este alto, noble, purísimo, cristiano y humano patriotismo no es fácil que se llegue a albergar en el corazón de un profesional de la fuerza.

¿Era posible que los Jóvenes Turcos hubiesen aprendido en las Escuelas Militares de la Alemania del Dios-Estado a aborrecer las bárbaras hazañas de sus abuelos? ¿Sería posible si hubiésemos mandado de España jóvenes oficiales españoles a que se educasen militarmente en Alemania que les hubieran inbuído allí en el espíritu cristiano que los habría enseñado a abominar de las crueldades de nuestro tercer Duque de Alba, perro dogo de Felipe II y primer verdugo de Flandes, o a estimar injustas las conquistas del Gran Capitán? No; los Jóvenes Turcos no sólo no se cristianizaron en Alemania, sino que se hicieron aún más anticristianos en ella. Y después del régimen preteriano de las Juntas de «Unión y Progreso», la persecución a los armenios continuó, y continuó bajo la égida del kaiser.

La toma de Jerusalem por un caudillo cristiano e inglés, como lo fué antaño Ricardo Corazón de León, puede ser simbólica, simbólica de la toma de otra Jerusalem espiritual. Porque el Sepulcro espiritual del Cristo está también en poder de los bárbaros de la eficacia y la organización y el imperio, y hay que redimir ese Sepulcro para que, con la paz, resucite de él el Cristo.

Hay un enemigo mucho peor que Alemania, y es el germanismo. Sería una maldición para la civilización cristiana que aunque no venciera Alemania venciera el germanismo. Porque el germanismo es el anticristianismo. Y es, por lo tanto, el enemigo de la democracia y de la libertad y del patriotismo civil. Y el patriotismo civil es el que sabe que no siempre tiene razón la patria y que no le es lícito engrandecerse a costa de otras patrias.

Aquí en España hay un catolicismo anticristiano que pone pavor. Es el catolicismo troglodítico. No conoce al Padre del Hombre, al Padre del Cristo — antipatriota, según los fariseos que le entregaron a los legionarios—los Jóvenes Turcos de Judea entonces—sólo conoce al Jehová que extermina a los enemigos de su pueblo escogido e infiel. Nuestro catolicismo troglodítico, atudescado y anticristiano es una doctrina de rencor y de tiranía. La cruz, para él, no está más que en las cachas de la espada. Su Dios es Santiago el mítico, el legendario, pues el histórico no parece que usara espada nunca ni montase a caballo. Santiago el Mayor, el histórico, el evangélico, no fué, como no fué el Cristo, caballero. Que el Cristo se sabe que montó una vez en un pollino, pero no que montara en caballo.

Miguel de UNAMUNO.

